

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

18-05

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

Segundo tramo narrativo-1

Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 06-04-2010, 02-06-2012, 16/01/2026 y
30/09/2026

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

TRAMO SEGUNDO NARRATIVO

VIAJE POÉTICO A IBIZA Y FORMENTERA DE UN DOCTORANDO CON PROBLEMAS.

J.B. se dispuso a disfrutar, como narrador, de la dicha de enmudecer. Pero nada más desplegar los primeros textos del final del invierno de 1971 se sobresaltó: no iba a ser posible, de momento, disfrutar de la dicha de enmudecer, de pasar la palabra a otro más imbricado en el relato, con esa belleza inconsciente añadida – en el fondo, la belleza sin más – de la espontaneidad expresiva comunicadora, veraz. El destello del aviso.

Y no iba a poder gozarse en la dicha de enmudecer, porque lo que estaba contando aquel chorlito algo pretencioso, sin pretenderlo siquiera, era un camino izquierdo de mándala, un *buceo en el balbuceo* – que dijera el Simons –, un correr en la dirección contraria – que dijera el Bernhard –, una inmersión de nadador en el océano primordial, el viaje de la divina Sofía, la casquivana – que dijera el Liaño –, al magma primigenio de los monstruos, la redención de la materia. La inmersión en la vida de un simple, ignorante de sus mecanismos elementales. El infierno del aprendizaje sin maestro o guía de fiar. La orfandad primera o primigenia. En el fondo, la búsqueda de un nuevo ser moral, de un nuevo plan de acción y comportamiento. Acorde con razón y naturaleza, como pudiera decir el joven fraile calabrés espiritado Tomaso Campanela. Tal cual sea la realidad, siempre es plenitud. Plenitud personal de un estar aquí único e inintercambiable, de posibilidad de respiración y movimiento.

Iniciada la huida lejos, hacia la dirección contraria, tras un rastro de la libertad, rotas las cadenas – iluso – más estúpidas y procaces incluso, al joven doctorando sólo le quedaba su voz poética como posible guía, y de ahí el esfuerzo por intentar registrarla. En principio, eso fueron los *cuadernos negros* de la biblioteca del naranjal, esta reliquia.

Después del verano en Simancas, en Valladolid, volví a Sevilla, en donde estuve todo el mes de octubre (1968) en casa de Manolo Álvarez, terminando de ver papeles del Archivo de Indias. Quizá fue aquel el mes más completo de mi estancia en Sevilla; bastantes noches las pasé con aceitunas y vino por cualquier calle de Triana; me acuerdo que con Pedro Rivera, huérfano de madre, que trabajaba una semana para vivir bien y a su gusto un mes, me vine a Madrid a primeros de noviembre y pasamos una semana por la capital de juerga continuada, durmiendo en el lugar donde nos cogía la noche; hasta que se nos terminó el dinero y fuimos a parar a casa de Marisa, mi prima. A Pedro no le he vuelto a ver desde entonces.

Luego conseguí clases en un colegio, cerca de la calle Povedilla, en donde vivía con Marisa, en el que daba cuatro horas diarias de clase por muy poco dinero. En Navidades nos fuimos Hidehito Higashitani y yo a Asturias y en febrero entré en la Universidad de Madrid como ayudante de don Vicente Rod-sado. Todo lo que escribí desde entonces lo recogí, seleccionado, en “Cinco estaciones” que presenté al premio *Puente Cultural* de poesía, que se convocaba por primera vez. Ahí comenzará, el 21 de marzo de 1969, mi vida literaria en Madrid.

“Cinco estaciones” era bastante malo. Lo que viene después, también. Para *Adonais* de 1969 preparé una nueva selección de lo que tenía escrito, que titulé “Sombras del XVII”, y para el *Leopoldo Panero* del mismo año todo lo que había escrito en el verano del 69 y principios del curso 1969-1970; se tituló “Dos para empezar, 22 poemas, dos despedidas y un final”; muy rudo todavía y sin casi interés. Para *Adonais* de 1970 preparé “Cuando las nubes”, mi primera recopilación de cosas mías serias; tampoco sirvió de nada. Es, sin embargo, un libro trabajado y bueno; en endecasílabos blancos, con dos partes bien diferenciadas, una primera de poemas amorosos y una segunda ‘más a la moda’. Le tengo bastante cariño al libro.

El martes 16 de marzo de 1971, dentro de una semana, leo en *Cultura Hispánica* mi librito “La isla (Elogio de la pobreza)”. Me presentará Carlos Oroza. Ya lo comentaré.

Madrid, 27.VII.1971, en la estación del Norte, con cuatro horas por delante, de regreso de Ibiza.

“La isla” creo que es el libro, o pequeño libro de versos, más interesante escrito en España en los años de la postguerra. Si es verdad o mentira lo sabrán los que vengan. Lo leí en *Cultura Hispánica* el martes de la semana de san José de este año; me presentó Carlos Oroza, breve pero mágicamente, como sólo él sabe hacerlo, y asistió bastante gente, pocos poetas, casi todos amigos. Desde dos días antes preparé la lectura con un magnetofón de mi amigo Carlos Muñoz, industrial, y con el asesoramiento de Armando Briones, puntilloso y buen colaborador para este tipo de cosas, como muy bien ha experimentado María Luisa Bascuñán al mecanografiar sus poemas. Cuando me escuché por primera vez al magnetofón me pareció que estaba recitando salmos, o misa, o algo así; parecía un cura. Entre Carlos Oroza, María Luisa, Armando y Carlos Muñoz, con la colaboración también de Ilia D’Hondt, una amiga mía, compañera de la escuela donde doy clase, me enseñaron a modular y puntuar verbalmente. Al final lo hacía bien.

El día de la lectura empecé a entonarme con coñac a las tres de la tarde; cuando llegué a *Cultura Hispánica* estaba quizá demasiado entonado, un poquito borracho, pero bien. En vez de agua en la mesa, me puso Armando una copa de coñac. Comencé leyendo un poema de amor que dediqué a mis alumnas, allí presentes, de azafatas de congresos y alta costura. Luego leí unos fragmentos de “El unicornio blanco” y finalmente “La isla”. Me dijeron que fue una lectura vivísima, casi impresionante, que llegaba a gritar a veces; aplaudieron mucho y Armando casi lloraba de emoción según me dijo María Luisa luego. Quedé muy satisfecho.

En el *Mesón del Marisco*, a donde solemos ir después de las tertulias de los martes, cantamos y bailamos, bebimos mucho, etc. Rafael Montesinos estaba muy contento y me llegó a confiar, en plena exaltación del alcohol, como todos estábamos, la educación de su hijo Rafaelito; me dijo que desde la lectura de Cernuda en Madrid no había oído nunca versos tan rotundos como los de “La isla”; según me dijo María Luisa, pero yo no me enteré porque estaba en pleno viaje, Rafael me habló de la iniciación de una colección de libros de poesía con mi libro; creo que yo sólo decía que el libro lo quería publicar en Ibiza y venderlo exclusivamente allí. Luego se aclaró la cosa, días después, y quizá salga “La isla” este octubre en esa nueva colección a la que antes aludí.

“La isla” es mi libro. Lo quiero verdaderamente como a un hijo. Nació de la locura y por eso es verdadero. Todo el material de “La isla” lo escribí en cuatro días de finales de octubre de 1970 y surgió como consecuencia de un personaje entrañable: Diego Marón Sepúlveda, pintor canario, esquizofrénico creo que se le llama a su estado psíquico, con el que pasé muchas horas de charla y juerga en octubre. Todo ese material lo estuve elaborando hasta marzo, poco antes de la lectura, que fue cuando tomó el libro su forma definitiva. “La isla” es mi gran libro hasta ahora, y durante los cuatro días de su gestación creí volverme loco; por la calle, en el autobús, en la cama por la noche. Las palabras me martilleaban la cabeza y tenía que escribirlas para descansar. Vivía entonces en Ventura de la Vega, 9-3º, donde estuviera Antonio Hernández antes de pasar a vivir al piso donde vive ahora con su mujer Mariluz.

A finales de noviembre me fui ya a López de Hoyos, 64-7º con María Luisa y Armando. Tenía la ayudantía de la Universidad y unas clases en el *Centro Español de Nuevas Profesiones*, en la escuela de Azafatas de Congresos y Alta Costura, clases cómodas y bien pagadas.

La semana de san José cogí una pulmonía y tuve que irme a Asturias. Fernando Millán dio clase por mí en el Centro, y cuando volví a Madrid me fui a una pensión en Povedilla, 9, debajo de casa de Marisa, en donde estuve hasta finales de junio. Escribía por entonces, como sigo más o menos escribiendo ahora, algo que me parecía que podía encuadrarse bajo el título de “Elogio de la locura”, como “La isla” era “Elogio de la pobreza”. Ahora creo que no es demasiado correcto este título.

A finales de junio estuve unos tres días en Asturias y luego salí para Madrid para ir a Ibiza. Hasta el 5 de julio estuve viajando en auto-stop desde Madrid hasta Alicante, y desde allí a Orihuela, para terminar en Torrevieja, que era el lugar donde podía encontrar a Paco García Ortuño, el antiguo amigo de La Rábida con el que tanto hablé de poesía años antes. Paco había terminado Derecho en junio, está hecho un buen burgués, pero sigue tan cariñoso como siempre. Estuvimos tres días juntos. Fue un encuentro agradable. De Torrevieja fui a Alicante, y de allí a Ibiza. Una semana en Ibiza, otra en Formentera, otra en Ibiza, y hoy, 27 de julio, en Madrid de regreso. Un viaje alucinante, padre de todo lo que escriba en estos días. El gran protagonista será Pierrot. Otro día, cuando más reposado esté todo, narraré esto más extensamente.

Estoy en el momento esencial de mi carrera. Para septiembre defenderé la tesis doctoral “Relaciones entre España y Japón, 1580-1614”, tras sucesivos retrasos, primero por mi enfermedad de enero de 1970, luego por cuestiones burocráticas en 1971. El seminario de Extremo Oriente que dirigí este curso en la Facultad funcionó perfectamente, y para el próximo tengo asegurada su continuidad. Y hoy me enteré, mejor dicho, ayer, que un profesor japonés se interesaba “por mi obra y mi persona”, y que quiere contratarme para una universidad japonesa. No sé nada claro aún, pero dentro de dos días lo sabré; mi madre me dijo por teléfono que la oferta son ¡noventa y cinco mil!, pesetas mensuales. Estoy algo asustado y ansioso. ¿Qué pasará? (Falsa alarma).

He leído, el otro día en Ibiza, *Una temporada en el infierno* de Rimbaud y me decepcionó profundamente; quizá porque la lectura fue precipitada, pero me pareció solamente un pequeño boceto mal conseguido. El curso pasado *Cien años de soledad* me pareció una verdadera obra de arte. De poesía española actual, además de Carlos Oroza, me gustó últimamente Jaime Gil de Biedma, al que conocí hace unos meses en casa de Bousoño; es un personaje con chispa y garra. Casi todo el resto me aburre, aunque reconozco que no soy experto y que sólo leo algunas antologías de vez en cuando. “¡Qué tristeza los libros!” Creo que yo escribiré muy poco, cada vez menos y más condensado. Hay tantas palabras de más, circulando por ahí.

La Universidad, los bares, la poesía; la ciudad nueva y la juventud. El mar. Lo indecible. La vida. J.B. sonrió. Necesitaba ayuda y recurrió a los *amanuenses*, como se autodenominaban por mantener la vieja tradición de los originales a mano en la escritura de historias, aunque no siempre cumplieran esta norma a rajatabla. A mano, con sus huellas digitales por doquier. Quería enmudecer, que siguieran los *amanuenses*, normalmente los jóvenes estudiantes viajeros de conocimiento y de contactos por cada vez más innumerables centros de documentación globales. Eso sí, estaría a su disposición cuando lo precisaran. Ese era el pacto. Y llegaron estos, atrevidos y jocosos. Así pudo proseguir J.B. con su informe-evocación de nuevo, desde una cierta distancia. Pasaba la palabra a sus avisos de juventud, bendita literatura. Pre-sapiencial, sin duda.

A los antiguos correligionarios, compañeros sectarios, gregarios de equipo, que no amigos, todos jóvenes solteros y estreñidos o distantes, desaparecidos para siempre y de manera fulminante de su mundo y de su vida, sucedían ahora los nuevos amigos y amigas, colegas poetas, estudiantes con inquietudes y marcha, compañeros de barras de bar y otras farras. Se adivina la nueva trama en los textos, pero muy someramente. El desborde existencial exigía calma; se percibe en los detalles secundarios, indirectos, por no decir transversales: el viaje a Ibiza del verano de 1971 se cita, pero no se narra de inmediato, sino meses después, y con un tino y un pudor sorprendentes. J.B. no podía sino sonreír socarrón. “¡Lo que se avecina!” Ni sexo, ni drogas, ni rockanroll, cuando aquello había sido una primera inmersión precisamente en eso. Ante condicionamientos intelectuales represivos en la expresión, es fundamental la sospecha, todas las sospechas.

J.B., al presentarles los *cuadernos negros*, se reía con los amanuenses que habían aparecido interesados por allí, ante la convocatoria de la nonovela refractaria en preparación. O las amanuenses, porque, con mucha frecuencia, eran chicas.

16.XI.1971. Vivo en Santa María de la Cabeza, 1-2ºizq., en una pensión de donde espero salir pronto.

El martes pasado presenté en *Cultura Hispánica* los poemas nuevos bajo el título de “Nuevo elogio de la locura”. Leí en primer lugar “La isla” y luego el grupo de poemas nuevos, terminando con el de Ahmed y el de Pierrot. Me presentó Antonio Hernández muy cariñosamente, recordando los viejos tiempos de la calle *Ventura de la Vega*, mis despistes, mi afición a Extremo Oriente, al vino; la crítica que hizo de mis versos fue favorable, mostrándome aún inmaduro, en algunos detalles, pero con mundo poético definido. Vinieron muchos amigos, pocos poetas, muchas chicas y los de siempre. Me entoné bastante con coñac, leí muy desigualmente, pero con fuerza, y al final un argentino que anda por aquí (Ángel Leyva) me hizo un elogio, memorable para mí. Me dijo: “Acabo de llegar de Argentina y le felicito; me creí que la poesía española estaba muerta”. ¡Vivan los argentinos!

Esa noche me acosté a las siete de la madrugada y, a causa de eso, perdí un trabajo que necesitaba mucho en el Instituto *Lope de Vega*: bien pagado y de pocas horas. Una lástima. Pero me alegro porque eso me hará buscar algo nuevo en la Universidad Central o en la Autónoma. Mañana iré a la Facultad por la tarde a hablar brevemente de la poesía española de postguerra, aunque no es fuerte mío, en clave de segundo de comunes; es un proyecto de Arturo Ramoneda, viejo amigo de Sevilla en los días en que viví en calle *Virgen de la Regla*, ahora ayudante de literatura aquí. Será, medio clase, medio lectura de poemas, y seguirán, una vez al mes, otros poetas. El proyecto es que continúen Brines, M.R. Barnatán, Mauro Armiño, Ignacio Gómez de Liaño, etc. Ya veremos qué es lo que sale de todo esto.

Profesionalmente estoy en un momento clave, bastante confuso y muy cansado de la pesadez de todo lo *oficial*. La lectura de la tesis se retrasa por verdaderas estupideces burocráticas. Llevo un seminario sobre Extremo Oriente, pero sin dotación, pues renuncié a la ayudantía para que no me hicieran enseñar cosas ajenas a mi especialidad. Llevo cinco años de investigaciones, sin ayudas oficiales de ningún tipo, y este año no me concedieron la beca a la investigación. Estoy sólo con el dinero de mis clases de Azafatas, que sólo me dan para vivir, y no en una casa para mí sólo. Haré dos gestiones finales y luego, si no resultan bien, pensaré en marcharme. ¿A dónde?

Me gusta Fuencisla, una chica muy inteligente, de Relaciones Públicas de Iberia, vieja conocida del año pasado. Me gusta estar con ella. Tengo pendiente una serie de temas: Peter Newman, estancia en Ibiza y en Formentera, agosto en Madrid y las excursiones con alumnas de Turismo en camping, y “Ahmed de la tierra del sol”. Un día con ganas le meteré mano.

Estoy disgustado porque, y ya tardaba, Carlos Oroza está hablando mal de mí. Mil veces le he dicho que es el poeta al que más admiro, que soy amigo suyo de verdad, etc. Pero,

y Antonio Hernández me lo había advertido el día de la lectura, ha comenzado a hablar mal. Dice que le copio, que soy un rebelde de pacotilla, y cosas así; a mí me molesta, pero le conozco demasiado bien para echárselo en cara. Es su vida.
